

Ser mujer misak en cualquier tiempo y espacio

Relato autobiográfico entre discriminaciones y resistencias en educación

Adriana Marcela Cuchillo Yalanda¹

El siguiente texto recoge algunas reflexiones construidas mediante el ejercicio de narrarme desde mi pertenencia al pueblo misak y en mis relaciones como ciudadana y estudiante en medio de múltiples discriminaciones. Esto, desde la invitación como participante en la investigación *Resistencia transformadora en escuelas. Contranarrativas en la educación para la justicia social (EscuelaQResiste)*.

Las formas de participación fueron mediante diálogos, al inicio, de manera personal y oral; en un segundo momento, mediante preguntas escritas que me llevaron a profundizar en algunas ideas. A continuación, recojo principalmente este último momento. Y, al final, dejo mi voz en relación con las resistencias a continuar desde los ámbitos educativos.

Del territorio a Bogotá

Nací en Silvia, Cauca, el 21 de julio de 1997. Llegué a Bogotá en el 2010, a la edad de 13 años. La llegada a Bogotá fue algo complejo para mi vida y esto también la cambió radicalmente. Es preciso entender que salí de territorio por falta de oportunidades y porque mamá nos quería cuidar de diversas situaciones, como el conflicto armado y la separación de mis padres.

¹ Mujer misak, estudiante de la Licenciatura en Educación Especial de la Universidad Pedagógica Nacional (Colombia). amcuchillo@upn.edu.co

Al llegar a Bogotá, viví con mi madre y mis abuelos en el barrio Kassandra, localidad de Fontibón. Inicé mis estudios en la comunidad Benposta Nación de Muchachos, luego, estudié en un colegio público de la localidad de Engativá. Hice un técnico en servicios farmacéuticos con el SENA y actualmente estudio la Licenciatura en Educación Especial de la UPN-Colombia.

Escenas de discriminación

Vestir y hablar misak en una ciudad como Bogotá

En un primer relato con las investigadoras enuncié que mi forma de vestir, con el atuendo tradicional de mi comunidad, fue un foco de atención que llevó a múltiples discriminaciones, así como lo fue mi forma de hablar. Algo muy importante que me sucedió cuando niña y al llegar a Bogotá, fue que no utilizaba ropa particular o diferente a mi atuendo; esto fue difícil para mí porque no podía combinarla. Lo único que me habían enseñado en ese momento era mi atuendo tradicional y no podía utilizar algo diferente, porque no podía olvidar cómo utilizar el atuendo.

Llegué a Bogotá debido a la separación de mis padres. Desde ese momento, mi vida cambió en su totalidad. Para mí fue dura la vida en la capital, porque no entendía muy bien el castellano y lo hablaba con un acento diferente, o no me podía expresar de alguna manera en la que me pudieran entender.

Recuerdo mucho una vez cuando, saliendo de la casa, quizás me hacía muy notable y para jugar con algunos compañeros del barrio intenté establecer alguna comunicación o hablar con ellos, y no fue posible; solo recuerdo que esos niños y niñas se rieron de mí por la forma en que hablaba, decían que no pronunciaba bien la letra R, que tenía un acento pastuso. Quizás, la curiosidad de ellos era saber de dónde venía y por qué era así. Ellos, al estar en la ciudad, estaban acostumbrados a un contexto urbano, pero yo, por venir del campo, era diferente. Ese día yo usé un pantalón, pero también ese día entendí que no quería utilizarlo más, porque no sabía si me quedaba o no me quedaba, y decidí siempre estar con atuendo. Yo era la niña rara para ellos, no sabían por qué tenía que estar utilizando el atuendo todo el tiempo. En algún momento yo lo comparaba como un vestido de los que se usaban para alguna iglesia o algo religioso.

Recuerdo que cuando iba hacia la Plaza de Bolívar con el atuendo, nos llamaban de forma despectiva, usando la palabra “aú”, esto es como muy común en Cauca, así llaman a los misak. En lo personal nunca me ha gustado que nos llamen de esa manera, porque así se puede llamar a un animal. También me sentía incómoda, pues al querer comprar algo para el hogar, al vernos vestidos así, nos subían los precios, no era el precio normal o regular, sino que nos indicaban precios más altos, confundiéndonos con personas extranjeras del Perú, México o Ecuador.

Y los que nos conocían como indígenas de aquí, de Colombia, nos miraban mal, se reían por la forma en que mis abuelos se hacían entender en castellano; tuve que servir muchas veces de traductora para que ellos no hablaran y no se burlaran de ellos. Para mí fue muy doloroso en esos momentos, puesto que no fui la única que recibí discriminación, fue junto a mi familia, ellos por no poder hablar español o no entender y, de mi parte, quizás fue por el acento.

Ser misak en un colegio público de Bogotá

Como todo niño o niña también tuve un tiempo de rebeldía. Después de salir de la comunidad Benposta Nación de Muchachos, lo cual narro más adelante, de lo cual tal vez me arrepiento pues la experiencia fue maravillosa, por castigos de mi madre me inscribí en un colegio público, este colegio se encuentra en el barrio San Fernando, allí hay niños sordos y fue mi acercamiento a las discapacidades y a temas de inclusión.

Recuerdo mucho que mi mamá no tenía dinero para comprarme un uniforme de diario y lo que me decía era de que podía ir con atuendo. El día de la matrícula mi madre explicó esto y allí me donaron la sudadera de educación física, pero tenía que asistir con el atuendo como requerimiento como si fuese un uniforme normal, y así empecé a asistir al colegio. Fue uno de los momentos más duros de mi vida. En muchas ocasiones me sentí mal, por

ejemplo, porque cuando llegaban los refrigerios me regaban el yogur encima, diciendo que era sin querer, o me tiraban migajas de pan o galleta, y siempre se disculpaban diciendo que todo era sin querer; obviamente sabía que no era así, pero igual no decía nada. Un día dentro de la cafetería sucedió que me regaron mi almuerzo, me sentí mal porque era algo que mi mamá me había preparado, pero simplemente se disculparon.

Caminos de resistencia

Una familia de líderes

Resistir y sobreponerme a esas situaciones fue todo un proceso. Recuerdo mucho que mis abuelos me decían que era importante seguir siendo misak en cualquier tiempo y espacio, porque asimismo era lo que me identificaba como persona. Decía el abuelo: “Tú eres una mujer valiente con grandes expectativas, las cosas se deben llevar en calma, no exaltarse, porque cada palabra que ellos dicen no va hacia uno, sino hacia alguien de su propia familia. Todo lo que le digan a uno no se debe recibir, se debe ahuyentar”. Algo importante que decía mi mamá era que, ante todo, deberíamos ser humildes, sencillos, porque en esta vida todo lo bueno se puede hacer y por cada acción buena que hacemos seremos recompensados. Cuando pasaban situaciones de discriminación, recuerdo que me decían que ellos, quienes discriminan, son personas ignorantes, no

conocen nada de cada uno de nosotros y no conocen de la cultura; por eso es importante hacer de cuenta de que nada pasó.

Además de lo anterior, puedo decir que, en mi familia, por estar muy arraigados a los usos y costumbres de mi comunidad, la mayoría hemos servido o hemos estado al servicio de la comunidad en diferentes cargos. Tengo entendido que mi familia ha estado ahí, liderando procesos. Desde que tengo memoria, recuerdo a mi bisabuelo materno y bisabuela paterna contándome que sus abuelos y sus padres habían servido. Mi abuelo paterno, a quien llamo papá, porque tuve mi infancia con él y fue quien me crió, me contaba que fue alguacil, un cargo en el cabildo que consiste en hacer los recados, convocar a la comunidad a reuniones, asambleas, ayudar en la cocina y muchas cosas más; ese cargo lo tuvo en la recuperación de tierras en 1980. En esa época, los terratenientes nos quitaron nuestras tierras y mi abuelo participó en recuperarlas; él fue un gran líder porque la gente lo escuchó y apoyó. Pero también desde esos momentos la familia fue discriminada, porque mi abuelo en ese tiempo no hablaba ni entendía el castellano, y él mismo contaba que le dio muy duro, porque la gente que no era misak se burlaba de cómo hablaba y lo trataban de burro, de animal o bestia. Él se dio cuenta años después de aquello que le decían.

Así mismo, los hermanos de mi abuela materna desde esos años empezaron a

liderar a la comunidad teniendo cargos como gobernadores. Ese cargo era el más grande y riesgoso para ese tiempo. Me decían mis abuelos que muchos de estos gobernadores no hablaban nada de español, quienes los acompañaban eran sus secretarios generales, quienes ayudaban a traducir un poco lo que se podía entender. En la vereda donde nací, donde se encuentra mi cordón umbilical, está la cuna de los grandes líderes o gobernadores que mi pueblo ha tenido. Y desde esos tiempos, mis tíos y tías ya han pasado por ser autoridades. Por estrechez de tierras, para el 2002 salimos del resguardo de Silvia, Cauca, y empezamos a buscar por tierra caliente, llegando al municipio de Piendamó. Allí se compró una finca, en busca de nuevas oportunidades; en este momento se llama Resguardo Indígena Misakn Piscitau.

Mi abuelo materno, en 1982, fue alguacil en el resguardo de Wampia. En 1999 tuvo el cargo de fiscal en la Junta de Acción Comunal de la vereda La Campana, hasta el 2003. En el 2017 fue alcalde Karupik en Bogotá, en la Autoridad Ancestral Misak Nukøtrak, y ya para el 2022 fue Autoridad en el Resguardo Indígena de Misak Piscitau, como alcalde Karupik. Mi padre, para el 2005, empezó a servir a la comunidad como secretario zonal. En el 2015 subió de cargo a secretario general y en el 2021 fue gobernador.

Yo, desde niña, siempre estuve detrás de cada uno en sus procesos, viendo y participando. En las diferentes reuniones y asambleas, cuando llegaban instituciones o

entidades que hablaban de aportar o colaborar con la comunidad, o en actividades con niños, jóvenes o con los taitas de la comunidad, yo siempre ponía el ejemplo del tema de discriminación. Muchos niños, niñas y jóvenes ya no quieren seguir portando el atuendo, ya no hablan el idioma y muchos de ellos ya no están identificándose como misak, dicen que no lo son, sino que son de la ciudad o campesinos. En esos procesos de lucha contra la discriminación yo doy a conocer mi experiencia e invito a que otras personas vayan realizando o tomando las cosas con calma. Tener calma, ser humildes y ser sencillos frente a situaciones, para mí, son actos de resistencia. También lo es dar apoyos a quienes lo necesitan.

Mi primer cargo fue en el 2022, como secretaria general aquí en el cabildo de Bogotá. Así mismo, mi pareja fue tesorero en el 2019 también en Bogotá. Aclaro aquí que, en los diferentes cargos que cada uno de los integrantes de mi familia ha tenido, las mujeres también han sido partícipes, puesto que el cargo lo reciben entre la pareja y por algunos años. Luego, la comunidad elige si pueden seguir o no.

Entre lo subjetivo y lo colectivo

Al pensar en por qué persisto en el atuendo pese a que desde mi infancia vivo en Bogotá, tengo claro que utilizar la vestimenta de mi comunidad es más que solo ropa que se ve desde lo occidental. Es parte de mi identidad cultural, es una resisten-

cia y es un orgullo para mí, porque es una herencia de mis abuelos; a través de esta aún preservo algunos de sus conocimientos y, aún más, la memoria de mis antepasados.

Seguir utilizando el atuendo es como una forma de exigir más respeto y reconocimiento, de alguna manera, es resistir a las formas de discriminación. Siento orgullo de mi identidad y quizás con esto puedo inspirar a otras personas a valorar la comunidad.

Vivir las discriminaciones por nuestra lengua indígena, nuestros atuendos, nuestras formas de relacionarnos, ha sido una constante en mi vida en Bogotá. Las críticas no me han hecho modificar costumbres, pero sí, quizás, modificar algunas formas de pensar, pues ha hecho que yo, como mujer, mejore más en algunos aspectos en los que me han impulsado a tener más seguridad sobre mí misma. También, he aprendido a mantener un equilibrio emocional, ante las críticas siempre mantengo la calma para no reaccionar de manera impulsiva y tener mucha madurez emocional, siempre trato de responder con respeto ante tal situación o no responder, en algunas ocasiones simplemente doy una respuesta tranquila y con respeto.

Antes quizás lloraba, pues no tenía a quién recurrir, no sentía apoyo de la familia, tuve miedo de que no me creyeran. Pensaba en esconderme, en no dejarme ver y, en algún momento, tuve pensamientos de suicidio. Quizás en esos momentos lo que me impedía responder a esta situación era que mi familia decía que no le prestara aten-

ción, que no les pusiera cuidado porque eso era algo que pasaría rápidamente. Tal vez esto fue lo que hice en algunas ocasiones, no poner cuidado, pero igual se mantenía el miedo de que le pasara esa misma situación a mis hermanos, así que, como un tema de protección hacia ellos, decidí afrontar las cosas por mí misma y hacer que las cosas me pasaran a mí y no a ellos.

En muchas ocasiones, las formas de resistencia personales se han extendido a lo colectivo, muchas de estas personas de mi comunidad a quienes me he dirigido; han entendido y han dado a conocer sus puntos de vista, han expresado qué sienten, qué es para ellos la discriminación. Siento que me han quedado grandes experiencias para seguir dando a conocer a los niños, jóvenes y hasta a los mismos líderes de la comunidad.

Muchos no saben cómo ha sido mi proceso como mujer indígena en este contexto urbano, no saben sobre las discriminaciones o no las entienden, no comprenden si en algún momento fueron discriminados. Al no entender el castellano, tampoco sabían cómo defenderse, así que, para ellos simplemente era un asunto para ignorar.

Al pensar en mi comunidad y este tema de las resistencias, puedo indicar que también allí ya hay unas formas de resistencia, que allí encuentro algunas palabras y formas de actuar que me han servido, que hoy en día son como recursos que me hacen fuerte y ayudan a sobreponerme de las discriminaciones.

Tomo palabras de mi abuelo, quien siempre me decía: "Hay que respetar para que lo respeten". Mi abuela siempre nos decía: "Uno debe ser sencillo y humilde a donde vaya, porque es así cómo uno se gana el mismo respeto". Algo que puedo retomar de mi mamá es: "Uno no se les debe igualar a ellos. Usted es una mujer misak que resalta muchas cualidades buenas y no puede responder groseramente; entre los demás usted es misak, no es mestiza como los otros". En algunas ocasiones, y retomando el tema de la ropa, una frase que siempre resalto es: "Por más ropa viejita que tenga, así no sea de marca, después de que esté limpia y organizada es la que le hace hacer la diferencia. ¿De qué sirve tener ropa de marca y ser grosera y malcriada?".

Se dice que los misak somos hijos del agua, que por eso mismo somos calmados y no respondemos de la misma manera a ciertas circunstancias o dificultades que se tengan. Una de esas formas calmadas o no violentas, es no hacerle caso a lo que digan los demás no responder de la manera grosera como lo hacen los otros, estar callados ante ciertas circunstancias que estén pasando y, si el problema se agranda, alejarse de este.

Pero lo anterior no siempre tiene efectos positivos. Desde mi experiencia de vida, llegué a entrar en depresión, a no querer hablar con nadie de las cosas de vida que pasan a diario; a veces las situaciones no se pudieron resolver al instante y para cada persona es diferente la vivencia de la

discriminación. De callarse se puede llegar hasta al suicidio. En un tiempo de mi vida, el efecto más grave que tuve fue aislarme de mi familia y entrar en algo llamado rebeldía, en no querer hacer caso, no querer salir de casa y en quedarme sola.

No todo ha sido discriminación, situaciones maravillosas en mi vida

Al llegar a la comunidad Benposta Nación de Muchachos, yo tenía 12 o 13 años. Allí se encontraban niños y niñas desde los 8 años hasta los 18 años. Si bien al ingresar para mí fue complicado el castellano y también el atuendo, empecé a sentir más comodidad, porque dentro de la comunidad nos encontrábamos niños y niñas de diferentes lugares, de Cúcuta, de Amazonas, de Nariño, de Cali y también de Bogotá y sus alrededores, cada quién con sus diferencias. Empecé a darme cuenta de que ellos, de alguna manera, también tenían la misma necesidad que yo, o pasábamos por la misma situación y empezamos a llevarnos bien.

En el internado hubo un enfoque de comunidad, se trató siempre de ser líderes autónomos. A las encargadas o los encargados se les llamaba mantenedores, ellos eran los fundadores, pues en su tiempo también fueron niños de ese internado. Siempre nos ayudamos entre todos porque de alguna u otra manera vivíamos diferentes situaciones familiares y sociales. Nunca hubo discriminación, al contrario, siempre se buscaba la manera de hacer sentir bien al otro sin

importar de dónde venía, quiénes eran sus padres o su familia, lo importante era que debíamos respetarnos mutuamente. Ahí pude entender que en Bogotá no todas las personas eran malas o son malas. Por primera vez en Bogotá pude sentirme cómoda con niños y niñas de mi edad, con quienes pude compartir muchas cosas. Estuve allí cinco años y siento que fue una etapa maravillosa en mi vida, la cual agradezco porque me formó como persona, pero también me formó de mis prácticas habituales, pues aprendí a cocinar, a liderar, a respetar, aunque, muchas cosas yo ya los traía desde casa.

Al pensar en momentos maravillosos, recuerdo y agradezco mucho a algunos de mis compañeros en el colegio público y que siempre estuvieron ahí conmigo; mantenían su curiosidad por saber más de mí y se acercaban. Recuerdo un tiempo en que mis compañeras se unieron mucho a mí y empezaron a discutir entre grados; en esa situación un profesor a quien de cariño le decían “Tacho” fue quien empezó a enterarse de que me trataban mal, que eran groseros y que estaba decidida a no volver al colegio. Este profesor se dio cuenta cuando en la cafetería regaron mi almuerzo, hizo un llamado de atención y al día siguiente habló sobre el tema de la discriminación. Recuerdo que, al formar, a todos los estudiantes, desde grado quinto a once, se les indicó claramente que esta situación no era la primera vez, que ya había escuchado rumores y de paso que había observado muchas cosas. “Tacho” dijo que inicialmente no lo creía, pero ya con lo

que había sucedido, esto podría tener consecuencias académicas a quienes me molestaban. Sentí un apoyo porque no volvieron a molestarme, esa fue la vez que me sentí muy bien en un colegio público, porque sentí el apoyo de una persona y de mis compañeros del salón. Creo que fue algo muy bueno porque empecé a quitarme el miedo que venía sintiendo.

Poco tiempo después me lancé como consejera del colegio; además, por los colegios de la localidad empezaron a elegir un líder, y pues yo fui representante de todos los colegios de la localidad del cabildo estudiantil, como le llamaban en esos tiempos. Fue algo complicado también porque, por ser indígena, muchas veces no podía entender exactamente lo que ellos querían o cómo podía hacer solicitudes para varios colegios de la localidad, pero ser representante fue algo que me llevó a ciertos espacios grandes.

Hoy en día, mis aprendizajes y luchas

En la Universidad, en un principio sentí miedo para asistir con el atuendo por las diversas situaciones pasadas, pero desde el primer día de clases me sentí cómoda porque fui aceptada por mis compañeros del salón y así mismo por los profesores. Siento que no fue algo como tan complicado, porque pude asumir muchas cosas también desde mi participación y al dar a conocer algo de lo que yo sabía y de mis experiencias. En la Universidad veo diversidad, también conocí perso-

nas con algunos gustos como los míos, con diferencias, pero no me sentí excluida, no me sentí mal, simplemente puedo ser yo misma en diferentes espacios y, en algunos, puedo ser un poco más reservada. En la Universidad mi experiencia es grata, quizás algunos con muchas curiosidades y con muchas cosas por preguntar, pero siempre es con respeto; desde el vigilante hasta las que nos ayudan en el aseo o la cocina, los profesores, todos han sido respetuosos.

El trabajo colectivo entre etnias o dentro de la misma comunidad, siempre con apoyo de los mayores o de grandes líderes, ha seguido siendo muy importante, he seguido acompañando procesos tanto en el Distrito como en el territorio. Siento que se requiere seguir hablando de la discriminación desde las instituciones o las entidades hacia grupos indígenas, más que por el hablar o por el vestir, por el pensamiento que uno tiene como indígena y como líder.

Algunos de los problemas que me siguen preocupando se refieren a los niños y niñas misak en Bogotá. ¿Cómo lograr que usen el atuendo, no por obligación, sino que sea algo que ellos lo tomen por iniciativa? Los niños dicen: “Es que él se burla de mí, no puedo jugar con el atuendo, me miran mucho, unos me preguntan si tengo calzones”. También pasé por lo mismo, y los niños misak se encuentran en diferentes colegios y la lucha es porque esto le interese a todos en el colegio, a rectores y profesores. Pero también ha sido complejo porque

los mismos padres no se dan cuenta de las discriminaciones por utilizar el atuendo o, a veces, ellos no saben cómo dirigirse a sus hijos. Así que hay que fortalecer a los niños y niñas, aunque esto debe tener el apoyo de los padres. Quizás esto es un proceso a seguir trabajando y a hablar desde la educación propia. Por otra parte, muchos niños ya no hablan el idioma, dicen que se les olvidó, y en este punto también me incluyo; por pasar mucho tiempo en la ciudad y no hablar el idioma, en muchas ocasiones tenemos esa dificultad.

Quiero seguir hablando sobre el proceso de educación y no desde afuera, sino desde adentro, desde el hogar, y así seguir fortaleciéndonos hacia afuera, sin miedos y sin pena, para poder hablar de la educación propia y educación occidental y de sus articulaciones. También, quiero hablar sobre el conflicto armado del país y las consecuencias para mi comunidad misak.



Observatorio de Acciones Colectivas por
la Educación y la Pedagogía en Colombia

El *Observatorio de Acciones Colectivas por la Educación y la Pedagogía en Colombia* -OACEP- se concibe como un dispositivo de acción crítica que se interesa por reconstruir la memoria de las prácticas de resistencia orientadas a la transformación educativa y pedagógica que acontecen a nivel local, regional y nacional, en diálogo con las que se adelantan en América Latina. Una plataforma desde la cual se indaga, registra, analiza y difunde la diversidad de acciones colectivas por la educación y la pedagogía.

También, se asume como un macroproyecto de producción de conocimiento que adelanta acciones en tres líneas: *investigación, formación política y socialización*. La calidad de macroproyecto lo convierte en proceso inacabado y en construcción permanente.

Al comprender las gramáticas de la acción colectiva y las genealogías de las luchas por la educación, el Observatorio se pregunta por las acciones que convocan, colectivizan y movilizan a los actores, instituciones y organizaciones educativas.

<https://oacep.upn.edu.co>
observatorioeducacion@pedagogica.edu.co